

# ENTREVISTAS Y DEBATES

## Educación, ética y finitud. Una entrevista a Joan-Carles Mèlich<sup>1</sup>

*Julián Alberto Uribe García*<sup>2</sup>  
Universidad de Antioquia

*La subjetividad humana es constitutivamente ética. Y la relación educativa sólo puede ser genuinamente educativa a partir de la ética. La ética no es ni una opción de la subjetividad ni una opción de la educación. La ética es el principio constitutivo de la educación y de la subjetividad humana.*

JOAN-CARLES MÈLICH



### Education, ethics and finitude. An interview with Joan-Carles Melich

**J**oan-Carles Mèlich es oriundo de Barcelona. Es Filósofo y Doctor en Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Este último título lo obtuvo en 1988 con el trabajo “Pedagogía de las situaciones límite: la estructura de la existencia según Karl Jaspers, fundamento de una filosofía de la educación”, el cual contó con la dirección del Dr. Octavi Fullat.

- <sup>1</sup> Esta entrevista fue realizada en enero de 2015 en la *Librería La Central* de la calle Mallorca de Barcelona, España, y ha sido revisada por Joan-Carles Mèlich en febrero de 2015.
- <sup>2</sup> Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Doctorando en Educación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Docente de cátedra de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: julian.uribe1@udea.edu.co

Estos estudios, aunados a los seminarios que realizó entre 1992 y 1995 con el profesor Bernhard Waldenfels en Alemania y a sus propias experiencias vitales, lo han encauzado a desarrollar un interés vehementemente por una filosofía de la finitud que se sitúa en las antípodas de una visión metafísica de la existencia.

Actualmente se desempeña como profesor de “Filosofía de la Educación” en la Universidad Autónoma de Barcelona. Es autor de diferentes obras entre las cuales destacamos *Antropología simbólica y acción educativa* (1996), *Totalitarismo y fecundidad* (1998), *La educación como acontecimiento ético* (2000; nueva edición corregida y aumentada 2014) en colaboración con Fernando Bárcena, *Filosofía de la Finitud* (2002), de la cual ya se publicó la segunda edición en el año 2012, *La lección de Auschwitz* (2004), *Transformaciones: tres ensayos de filosofía de la educación* (2006), *Ética de la compasión* (2010), *Lógica de la crueldad* (2014) y *La lectura como plegaria* (2015).

Amablemente, nos ha concedido esta entrevista con el fin de dialogar un poco sobre su pensamiento, conocer no sólo su configuración actual, sino cómo ha llegado a darle forma y hacia dónde se dirigen sus intereses.

**JULIÁN URIBE:** *Su titulación de grado es en Filosofía. La Filosofía es un campo de saber para el cual ninguna práctica humana es ajena. Se habla de Filosofía Estética, de la Religión, de la Cultura, de la Ciencia, del Derecho, del Lenguaje, de la Moral y de la Educación, entre otras. Habiendo un abanico tan amplio dentro del ámbito filosófico, ¿por qué optó por usted por la Filosofía de la Educación?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Antes de nada, quiero agradecerle esta amable entrevista. Efectivamente yo estudié Filosofía a comienzos de los años 80 en la Universidad Autónoma de Barcelona. Desde el principio, el campo que más me interesaba era la Antropología Filosófica y, dentro de ella, la respuesta a la que Kant considera la pregunta superlativa: ¿Qué es el *hombre*? Ahora bien, dentro de la Antropología Filosófica, para mí había otro aspecto fundamental que es esa relación entre lo humano y lo ético y, si se quiere también, lo moral. Luego podemos hablar de sus diferencias. Por aquella época tenía como profesor en la universidad al Dr. Octavi Fullat, que más adelante sería mi director de tesis. Fullat me sugirió trabajar en otro campo que tenía plena relación con mis intereses: la Filosofía de la Educación. Desde entonces he constituido un

triángulo en el que se objetivan mis predilecciones. En uno de sus vértices está la Antropología, en otro la ética y en el último la educación. En el centro del mismo, sitúo la Filosofía. Mi filosofía tiene estos tres puntos cardinales que, obviamente, se interrelacionan. La cuestión epistemológica, por su parte, es previa, a causa de que constituye la base para construir el pensamiento.

**JULIÁN URIBE:** *En términos generales, ¿cómo concibe la Filosofía de la Educación?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Sinceramente es una pregunta que me hacía mucho al principio, pero que ahora me interesa menos. Me preocupaba por intentar precisar cuál debería ser el objeto de estudio de la Filosofía de la Educación. Sin embargo, en los últimos años, ya cuando uno se va haciendo mayor, diría que la Filosofía de la Educación es lo que me permite decir lo que digo, pensar lo que pienso, escribir lo que escribo, dar las clases que doy. Es decir, es un título que no me es ajeno. No obstante, no quiero ser definido como un *filósofo de la educación*. Me gusta más la palabra *filósofo* a secas. Al fin y al cabo, la Filosofía de la Educación es Filosofía, sólo que trata de la educación. Hay muchas personas que huyen del término *filósofo* porque consideran que atribuirse tal condición es adjudicarse una etiqueta grandilocuente. En mi caso, es justamente todo lo contrario. Para mí el filósofo, de acuerdo a la etimología de la palabra, es aquel que aspira a saber, aquel que ama saber. Por consiguiente, el filósofo es un ignorante, alguien que se hace preguntas, y eso es lo que yo soy, un ignorante, alguien que no sabe y que desea saber, que está en perpetua búsqueda de algo que sabe que nunca conseguirá comprender. Soy una persona que me hago preguntas que, de antemano, sé que no puedo responder definitivamente. Todas las respuestas que doy siempre son provisionales. En este sentido diría que la Filosofía de la Educación pretende responder a algunas preguntas relacionadas con la educación, en especial a aquellas que hacen referencia a dos aspectos fundamentales: la condición humana y la ética.

**JULIÁN URIBE:** *A pesar de saber que, por sus mismos planteamientos, sería necesario matizar esta afirmación, lo cual no nos es permitido por el tiempo del que disponemos para realizar esta entrevista, digamos que Ética de la compasión (Herder, Barcelona, 2010) es una obra de madurez, que, si bien no significa un “final de trayecto”, el culmen de su pensamiento, sí es sustancial en virtud de que en ella usted logra revisar,*

*articular; decantar; depurar; reorientar; desplegar; definir y proyectar mucho de lo escrito hasta el momento.*

*Por esta razón, pasados cinco años desde su publicación, en los que usted ha podido evaluarla a partir no sólo de valoraciones personales, sino también de las apreciaciones y devoluciones que los demás han hecho de ella, le propongo que aprovechemos esta entrevista para que conversemos en torno al presente del pasado, al presente del presente y al presente del futuro de su pensamiento. ¿Qué le parece?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Sí, me parece muy bien. De hecho podría decir que mi obra de madurez, por así nombrarla, comienza en el año 2002 con la primera edición obra *Filosofía de la finitud*. Hasta entonces escribí algunos libros que quizá tenían un cierto interés, pero que no dejan de ser una cuestión de tentativas. *Antropología simbólica y acción educativa*, *Totalitarismo y fecundidad*, incluso, *La educación como acontecimiento ético*, escrito con mi amigo Fernando Bárcena, fueron textos en los que trataba distintos asuntos que para mí son interesantes todavía. Cuando los leo, en algunas cosas me sonrojo porque, quizás, no me gustan mucho; otras, pienso, que no están mal. Pero, insisto, mi obra de madurez empieza con la primera edición de *Filosofía de la finitud*. Desde que escribí este libro, tuve la sensación de que venía a ser un punto de inflexión, que marcaba un antes y un después. No obstante, en esa primera edición todavía falta encontrar un lenguaje propio. Podría decir que no está excesivamente madura; es sólo el comienzo.

Me gustaría recalcar que entre el año 2002 y el 2010, en el que aparece *Ética de la compasión*, no escribo nada, exceptuando *Transformaciones*, un libro publicado en la editorial Miño & Dávila (Argentina) compuesto por una recopilación de tres artículos breves<sup>3</sup>. Son ocho años de reflexión, ocho años de pensamiento, de búsqueda, de silencio, ocho años en los que escribo algún artículo, pero no publico ningún libro. Entonces, aunque no puedo decir cuánto tiempo tardé en escribirlo, retomando esos apuntes que había elaborado en este lapso de tiempo, escribo las 300 páginas de *Ética de la compasión*. Sin lugar a dudas, es un libro de gestación muy lenta, máxime si se le mira desde la precipitación que caracteriza el mundo en el que estamos viviendo. No es habitual que una persona tarde tantos años para escribir un libro. A mí este

tiempo me sirvió, fundamentalmente, para encontrar un lenguaje propio. Presentarlo constituye, a mi juicio, la principal novedad del libro. Gustará más o menos, pero es mi propio lenguaje. Allí aparece una serie de conceptos, de distinciones que ya no abandonaré: nociones como *gramática*, ética como algo diferente a la *moral*, *compasión* como una actitud distinta de *piEDAD*, la discrepancia entre la *vida* y el *mundo*, la cuestión de la *herencia*, de las *situaciones* y de las *narraciones*, la noción de *transgresión*, la idea de *cuERPO*, la crítica a la *metafísica* de una forma más explícita, etc.

Hasta tal punto es importante lo mencionado que tuve mucho interés, y por suerte el editor Raimund Herder lo permitió, en hacer una nueva edición de *Filosofía de la finitud* dos años después de la aparición de *Ética de la compasión*. Es así como en el 2012, aparece la segunda edición de *Filosofía de la finitud* en la que, si bien conservé el índice y los títulos de los epígrafes, modifiqué diversas expresiones de acuerdo a ese lenguaje propio gestado en esos años ya aludidos. En esta nueva edición de *Filosofía de la finitud* hay una introducción completamente nueva, escrita después de *Ética de la compasión*, en la que pongo en relación los dos libros y, de alguna manera, anticipo lo que vendrá posteriormente.

**JULIÁN URIBE:** *Aunque sé que es difícil, pues su Filosofía de la finitud no se ciñe a algún movimiento o autor en concreto, según su criterio, ¿quiénes han sido sus tres autores de cabecera, es decir esos que atraviesan su obra de cabo a cabo, y, en términos generales, en qué lo ha influenciado cada uno?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Es una pregunta difícil. La respuesta tendría que pensarla un poco, pues cuando digo quiénes son los tres autores que me han influido, a veces son tan importantes los que lo han hecho tanto en positivo como en negativo. Siempre digo, por ejemplo, que uno de los autores que más ha influido en mi escritura filosófica, aunque pueda parecer extraño, es Descartes. Me agrada mucho la manera como escribe el filósofo francés, aunque no soy cartesiano. Es más, Descartes es uno de los representantes del pensamiento metafísico, al cual me opongo. Otro de los autores referenciales en ética es Kant. Yo no soy nada kantiano, pero si no hubiera leído y releído muchas veces la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* yo no habría podido construir mi pensamiento.

3 Es necesario aclarar, no obstante, que la Editorial Herder publicó, en el año 2004, la versión castellana de *La lección de Auschwitz*, la cual constituye una traducción de la edición catalana *La lliçó d'Auschwitz* (2001).

Sin lugar a dudas, uno de mis autores de cabecera es Nietzsche, especialmente algunos de sus textos, algunos párrafos a los que siempre recurro. No sería capaz de decir un libro, más bien un párrafo. En cuanto escribía *Ética de la compasión*, Schopenhauer se convirtió en un autor primario para mí, especialmente con su libro *Sobre el fundamento de la moral*. Y luego hay dos autores fundamentales: Heidegger y Wittgenstein. Creo que el siglo XX tiene dos obras maestras: *Ser y tiempo* y el *Tractatus*. Por más que con Heidegger me une una relación de amor y odio, no puedo desconocer su importancia. Después me siento muy cercano a la lectura vienesa del *Tractatus* de Wittgenstein. El mundo vienés de principios de siglo me fascina. El *Tractatus* yo lo leo desde Viena. Me encanta e interesa, sobre todo, la visión que tiene Wittgenstein de la ética y de la mística. Me seduce ese entorno del que hablan Stephen Toulmin y Allan Janik en su magnífico libro *La Viena de Wittgenstein*: Freud, Hofmannsthal, Robert Musil, incluso Kafka y Rilke son escritores que pertenecen a ese mundo. Estos dos últimos, a pesar de ser checos, escriben en lengua alemana. También me gustaría hablar de Elias Canetti como un autor de referencia. Para mí es importante reivindicarlo como filósofo. De Canetti me interesa sobre todo *Masa y poder*, una de las mejores obras que he leído nunca, así como sus *Apuntes*. Este es mi libro de cabecera. Otro autor que quiero mencionar es Milan Kundera. Del escritor checo me gusta releer especialmente sus ensayos (*El arte de la novela*, *Los testamentos traicionados...*), y algunas de sus novelas (*La broma* y *La insoportable levedad del ser*). No puedo tampoco dejar de hablar de Samuel Beckett. El escritor irlandés ejerce en mí un efecto hipnótico. Constantemente vuelvo a *Esperando a Godot* y *Fin de partida*, o incluso a sus novelas. Por último, debo decir que, en estos últimos años, he recuperado intensamente la lectura de Dostoievski. Al escritor ruso lo había leído mucho en mi juventud. Ahora, con ocasión de la escritura de mi libro, *Lógica de la crueldad*, he retomado su estudio, y ha renacido mi admiración y fascinación por él.

He dicho más de tres. Creo que sería injusto no mencionarlos, aunque soy consciente de que me he dejado muchos. Yo, más que de autores, hablaría de grandes obras: *Ser y tiempo*, el *Tractatus*, por supuesto debo mucho a *Totalidad e infinito* de Levinas y a *Dar el tiempo* de Derrida. También al *Fedón* platónico, pese a que es uno de los escritos que, sin perder el respeto, más critico. Siempre digo que no soy yo por mí mismo quien critica a Platón, sino que soy yo quien lo critica a través de Nietzsche y de Heidegger,

por ejemplo. ¡Faltaría más quererme poner al mismo nivel de Platón!

**JULIÁN URIBE:** *Para usted la vida es devenir, es transformación. Sin embargo, también es consciente de que, por la brevedad de la vida, un exceso en el deseo y en la transformación por parte del ser humano implicaría su deformación. Citando a Lluís Duch, diríamos que usted plantea que en el ser humano hay cambio en la permanencia y permanencia en el cambio. A partir de esto podría decirnos, ¿cuáles serían esas tres ideas o esos tres conceptos compañeros de camino desde las cuales ha ido vertebrando su pensamiento?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Sin duda hay uno fundamental que aparece desde el principio: *finitud*. Yo diría que ese es el gran ‘concepto’. Es más, si hubiera que ponerle algún nombre a mi pensamiento me gustaría que fuera, precisamente, el título de mi libro ya citado: *Filosofía de la finitud*. Yo creo que el ser humano es, fundamentalmente, finito. De hecho, ya en mi tesis doctoral del año 1989 o incluso antes, en la de licenciatura del año 84 – 85, ya empezaba a hablar de finitud. Y la finitud no equiparada a la muerte, aunque también la incluye, sino en términos de contingencia, azar, situación, vulnerabilidad, fragilidad, etc. El ser humano es un ser que nunca está del todo situado. Por consiguiente, como afirmo en la primera línea de *Filosofía de la finitud*, “no hay texto sin contexto”.

Obviamente existe la muerte, pero la finitud la trasciende; *la finitud es devenir*. Precisamente la crítica al pensamiento metafísico lo es a la permanencia y a la programación. Creo que somos más fruto de lo que nos sucede, de lo que nos pasa, que de lo que programamos y hacemos. No digo que no seamos eso también; digo que somos más acontecimientos y sucesos que programaciones, clasificaciones y ordenaciones. En lenguaje de Heidegger, la finitud nos produce angustia. Yo prefiero el término *vértigo*; en mis últimos libros, concretamente en *Lógica de la crueldad*, cada vez lo uso más. Es tal vez el único aspecto, al menos en el que yo sea consciente, en el que la filosofía de Eugenio Trías ha dejado huella en mí, especialmente en lo que respecta a su profundo análisis de *Vértigo*, la película de Alfred Hitchcock. Prefiero *vértigo* a *angustia*.

**JULIÁN URIBE:** *En la misma línea de lo planteado, nos decía usted anteriormente que la pregunta que lo había seducido en un primer momento es qué es el*



*hombre. No obstante cuando uno se acerca a Ética de la compasión es evidente que esa no es la pregunta que resuena en la obra. ¿Cómo nos narraría la evolución de su pensamiento?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** *¿Qué es el hombre?* es la pregunta esencial, pero influido por Nietzsche y por Foucault me empiezo a percatar de sus matices metafísicos. Esta primera pregunta da paso a una segunda: *¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos, lo que estamos siendo?* A diferencia de la anterior, esta es de carácter genealógico, no metafísico. Somos, en definitiva, ‘historia’. Es lo que, de entrada, nos enseña Nietzsche. Pero en *Ética de la compasión* aparece una tercera pregunta que sobrepasa la del filósofo alemán; ya no es tanto cómo he llegado a ser lo que soy, sino: *¿podemos dejar de ser lo que somos, podemos transformarnos, ser otros, atentar contra el mundo?* En definitiva, *¿somos capaces de transgredir?* Es la que más me interesa porque, en mi concepto, se constituye en foco de reflexión de la ética. Es más, es su condición de posibilidad. La ética emerge como una transgresión de la moral, del mundo, de la gramática que he heredado, de la educación que he recibido. En ella subyace la idea de *transformación*. Por eso afirmo que no se puede formar sin transformar y sin transformarme. Así las cosas, la pregunta primordial sería: *¿Hasta qué punto nos es posible transformarnos sabiendo que somos herederos?*

La *herencia* es otro concepto importante en mi pensamiento. Llegamos al mundo y heredamos una gramática, símbolos, mitos, lenguaje, una moral, pero la tensión se origina cuando nos preguntamos si podemos transgredir ese mundo, esa moral, si podemos ser otros. Esa es la cuestión.

**JULIÁN URIBE:** *Habitualmente, cuando uno piensa en la finitud la emparenta con la muerte como ya usted mismo lo había dicho. Sin embargo, en la introducción de la segunda edición de Filosofía de la finitud, plantea que para usted la finitud es sinónimo de vida, ¿podría explicarnos esta afirmación?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Normalmente pareciera que la finitud remite a la muerte, pero, en la línea de Montaigne, yo diría que no sólo somos finitos porque morimos, sino porque vivimos finitamente. Lo que nos hace finitos no es sólo la muerte, sino, ante todo, vivir en la contingencia, en situación, en relación con los demás, en encrucijadas, teniendo que escoger incesantemente. *Filosofía de la finitud* es un intento por

mostrar esos escenarios, esas situaciones en los que se expone la finitud, pero que no necesariamente son de muerte. El hecho de desear por ejemplo, sin alcanzar definitivamente lo que deseamos. El deseo es siempre un deseo insatisfecho. Es lo que pone de manifiesto Samuel Beckett en *Esperando a Godot*, la obra que más he leído y visto en mi vida. Godot nunca llega y nunca llegará porque somos finitos. Al respecto, también podemos nombrar el hecho de recordar y olvidar. Para mí la memoria es una facultad fundamental de los seres humanos haciendo la siguiente precisión: hay memoria porque hay recuerdo, pero también porque hay olvido. Luego, el olvido es una expresión que hace que la memoria sea finita. Todo lo declarado no refleja más que una realidad para mí innegable: *la finitud es la vida misma*.

**JULIÁN URIBE:** *Evidentemente la ética es un concepto neurálgico en su pensamiento. ¿Cuál ha sido la genealogía de éste desde el libro escrito con su amigo Fernando Bárcena, La educación como acontecimiento ético, hasta Ética de la compasión? ¿Qué aportes hay en este último texto?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** De entrada diré que hay continuidad. Considero de suma relevancia el descubrimiento, a mediados de los años 80, de *Totalidad e infinito* de Levinas para comenzar a aclarar lo que es ética. Aunque no me atrevería a declararme levinasiano, sí podría afirmar que considero que esta obra es la más importante del siglo XX en lo que a ética se refiere. En *La educación como acontecimiento ético*, Levinas ocupa un lugar preponderante; de hecho hay todo un capítulo dedicado a la noción de ‘hospitalidad’. Pero en relación a tu pregunta, el aporte que se encuentra en *Ética de la compasión* es la distinción entre ética y moral, y no me parece que esté muy explícita en *La educación como acontecimiento ético*. Éste es uno de los aspectos en los que discerní en esos ocho años de gestación del libro. En muchos campos ambos términos se emplean de manera indiscriminada; en otros se establece una diferenciación poco relevante. Desde mi punto de vista, la ética no es la moral. En *Ética de la compasión*, intento definir la moral y luego procuro narrar la ética, no definirla porque ella es indefinible. Estoy de acuerdo con Wittgenstein cuando sostiene la imposibilidad de las teorías éticas. Lo que hay son narraciones éticas. Por eso para entender lo que es la ética no recurro, digamos, a los grandes textos filosóficos, sino, sobre todo, y creo que en esto Wittgenstein estaría de acuerdo conmigo, a algunos textos literarios, inducido, especialmente,

por mi formación. No obstante, no margino el cine, la música y el arte. Creo que es en ellos en donde mejor se expresa la ética.

**JULIÁN URIBE:** *¿Le gustaría ampliar o matizar algo en torno a la distinción entre ética y moral que de alguna manera ya ha sido abordada? ¿Por qué la califica como una distinción crucial y relevante dentro de su obra?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Luego de haber leído *La educación después de Auschwitz* de Theodor Adorno, intento reflexionar en torno a la ética después de Auschwitz. Es uno de los aspectos fundamentales de mi obra. Y cuando digo ‘Auschwitz’ me refiero a esos acontecimientos dramáticos, terribles y trágicos que han tenido lugar en diversos países, no necesariamente europeos, especialmente en el siglo XX. Pienso que si no se hace la distinción entre ética y moral corremos el peligro de que ‘Auschwitz’ se repita. Ni el nazismo ni, en general, los sistemas totalitarios se caracterizan por un déficit de moral, sino por un exceso de la misma. Estimo que es una realidad que no hemos superado. Para decirlo con el título de uno de los libros de Giorgio Agamben, lo que queda de Auschwitz es el vivir en un tiempo de mucha moral, pero de poca ética. Actualmente abundan los comités de ética y bioética y los códigos deontológicos. ¿Qué colectivo no posee uno? En concordancia con Foucault y Judith Butler, para mí todo eso es ‘moral’. La moral es un código, un marco signico-normativo; necesario, eso sí, porque somos finitos. No podemos prescindir de ella, estamos de acuerdo. Ahora bien, si sólo hay moral, entonces Auschwitz se va a repetir. La ética es la transgresión de la moral, la ética es esa situación en la que la moral salta por los aires, en la que no tengo más remedio que responder a la demanda de un otro singular en una situación de radical impredecibilidad.

Dando la vuelta a la idea de Kant y retomando una idea de Canetti, afirmo que no somos éticos porque podamos elevar nuestro acto a ley universal como pretendía el filósofo de Königsberg, sino porque no podemos. La ética es una respuesta que sólo vale ante alguien que tiene un nombre y un apellido concretos, en un momento particular e irrepetible. En algunos escritos cito a Canetti cuando dice “actúa como nunca más podrías volver a actuar”. Esta posición me parece más cercana a la noción de ética que yo defiendo que la que se infiere de los postulados kantianos que, para mí, en el fondo, lo que encierran es una moral. El hombre, al ser finito, nunca puede suturar esa grieta

entre la moral y la ética. Lo que nos hace humanos, justamente, no es ser buenos, ser morales, sino no poder ser nunca humanos. Un ser humano que es absolutamente moral, es un ser radicalmente inhumano. Se convierte en Eichmann para traer a colación a Hannah Arendt. Eichmann es un ejemplo de extrema moralidad y, por tanto, también de extrema inhumanidad.

**JULIÁN URIBE:** *Grosso modo, usted define la ética en términos de una respuesta al sufrimiento del otro en una situación en la que es imposible conocer a priori cómo hacerlo. Aunque sé que es difícil responder a esta pregunta sin verse amenazado por la contradicción ¿cree usted que existe algún límite en la concepción de ser el guardián del hermano como dice Levinas?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Es difícil hacerlo porque supondría dar una respuesta a priori de algo que no la admite. El límite me lo da el otro. Las preguntas esenciales son qué me pide el otro y si puedo estar a la altura de ello. La cuestión básica, para mí, es tomar conciencia de que no soy lo suficientemente bueno. En la línea de lo planteado por Zygmunt Bauman en su libro *Ética posmoderna*, de influencia levinasiana como lo reconoce el mismo autor, ser ético es no ser nunca suficientemente bueno, no tener nunca la conciencia tranquila. Es lo que desarrollo, precisamente, en *Lógica de la crueldad* (2014). La moral es una fábrica de buena conciencia, merced a que implica el cumplimiento de una obligación. En cambio ser ético es tener esa sensación de que siempre podía haber hecho más, de que nunca estoy del todo a la altura de lo que el otro me pide, de que nunca sé si realmente he actuado bien porque no depende de mí. El único que me lo podría decir es el otro, pero no siempre me lo dice o, a veces, me lo dice con su silencio. Yo diría que la diferencia entre ética y moral es que la moral tranquiliza conciencias, mientras que la ética me intranquiliza. Esto no está muy desarrollado en *Ética de la compasión*, pero sí en *Lógica de la crueldad* que, en el fondo, es *lógica de la crueldad moral*. Lo peor es tener la conciencia tranquila. Todos los sistemas totalitarios y los grandes dictadores la han tenido.

**JULIÁN URIBE:** *Aunque es evidente que sus posturas no son metafísicas, es posible que muchos lo califiquen del tal queriendo significar que para ellos no dejan de ser más que una mera retórica especulativa imposibilitada de una traducción al campo de lo práctico, así sea bajo procedimientos flexibles, ¿qué piensa usted de esto?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Todo está en función del significado que demos a la palabra ‘metafísica’. Por mi parte establezco una distinción entre la *pregunta* de la *respuesta* metafísica. Estoy de acuerdo con Kant cuando afirma en la *Crítica de la razón pura* que el ser humano es un ente que no puede dejar de formular preguntas metafísicas relativas al sentido de la vida, de dónde viene, a dónde va, qué es el bien, existe Dios, qué hay después de la muerte. Una cosa es la pregunta metafísica, que es ineludible, y otra muy distinta la respuesta, porque, como asevera el mismo Kant, no es sólo que el ser humano se encuentre acechado por una serie de preguntas que no puede dejar de formularse, sino que, al mismo tiempo, no puede dar respuesta a esas preguntas. En otras palabras, diría que el problema de la metafísica no son las preguntas, sino sus respuestas, unas respuestas que se presentan con pretensiones de ser definitivas, atemporales, eternas e inmutables, pues pretenden suprimir la condición constitutiva del hombre: la finitud. Ésta hace que el ser humano se formule preguntas metafísicas que sólo responderá, si es que lo hace, de manera provisional. Al igual que Heidegger, estimo que el ser humano es un ser en el mundo y, en la línea de Heráclito considero que la vida es un río en permanente devenir. El drama radica en que, algunas veces, desconocemos esta realidad. La respuesta metafísica es el intento de salirse del fluir del tiempo y el espacio, de detenerlos. En esto no soy metafísico. Es más, diría que *Filosofía de la finitud*, *Ética de la compasión* y *Lógica de la crueldad* son obras radicalmente antimetafísicas, son intentos de describir una filosofía antropológica contraria a la metafísica. Mis libros y, obviamente, mi pensamiento pueden ser catalogados de metafísicos en el sentido de la pregunta, pero no es un atributo exclusivo de ellos, porque en cualquier persona que viva en el mundo, tarde o temprano, acontece el diálogo interior por el sentido de cuanto existe. En *La lectura como plegaria*, mi último libro, he iniciado la publicación de mis ‘fragmentos filosóficos’. Aquí se muestra mi filiación antimetafísica no sólo en el contenido de mi filosofía sino también en la forma. Huyó que cualquier sistema que dé respuesta a la totalidad de la existencia.

Quisiera añadir que, para mí, la tecnología es, simplemente, una forma de metafísica. Es más, es la gran metafísica de nuestro tiempo. Aunque, en un primer momento, pudiera parecer que la tecnología denota un perpetuo cambio, la innovación, en el fondo, es una forma de metafísica. Como he dicho antes, la seguridad, el cobijo y los puntos de referencia son efectos de la metafísica. La tecnología, con su obsesión por

tenerlo todo programado, es una reducción de la complejidad. Llegar a clase, por ejemplo, con un Power-Point tranquiliza mucho. Aclaro, finalmente, que cuando hablo de tecnología no me refiero al objeto tecnológico, sino al sistema tecnológico, es decir, no me remito al uso que uno hace de aparatos tecnológicos, sino al “logos” que nos obliga a pensar de una determinada forma. Paradójicamente, el cambio se presenta como un principio de la tecnología; no obstante, en realidad, el cambio que promueve no es un cambio que transforma, sino que, por el contrario, rompe con toda transformación; cambiamos de aparato, pero no de lógica, cambiamos de teléfono móvil, por ejemplo, pero nadie cuestiona el móvil; cambiamos de programa informático, pero nadie cuestiona la informática. No podemos salirnos del sistema, no hay grietas en él y, por tanto, no hay alternativas. Para mí, actualmente, coexisten tres grandes formas de poder: el *teológico-político* del que ha hablado Lluís Duch en algunos de sus libros. El poder *económico* estudiado por Marx, y el *tecnológico*, del que trata, por ejemplo, el filósofo coreano Byung-Chul Han. El poder tecnológico es el que está colonizando la Pedagogía en España y, me atrevería decir, en otros países.

**JULIÁN URIBE:** *Para usted, ¿cuáles son los retos actuales que enfrenta la educación?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Es una pregunta que ya me han hecho anteriormente. En un artículo reciente (“Filosofía de la relación educativa”, publicado en la revista *Diálogo filosófico*, núm. 88, 2014), me he ocupado de este tema. No quiero sentar cátedra al respecto, pero creo que la idea de Adorno en el texto ya mencionado, *La educación después de Auschwitz*, sigue siendo válida. Reitero que entiendo por Auschwitz cualquier forma de totalitarismo político, moral o religioso. El gran reto de la educación es evitar su repetición. El siglo XX ha tenido cosas maravillosas como cualquiera, pero también ha vivido acontecimientos terribles, únicos en la historia infortunadamente. El ser humano, por su finitud, nunca puede cruzar las puertas del paraíso, no puede habitarlo, tan sólo desearlo. Sin embargo, por desgracia, en el siglo XX sí hemos cruzado las puertas del infierno; pregúntenselo a Primo Levi, Jorge Semprún, Imre Kertész y a Elie Wiesel, entre otros. El ser humano es un ser que ha morado en el infierno. Pienso que el principal reto de la educación es evitar que esos infiernos terrenales se repitan.

Para contrarrestar lo insinuado resulta decisiva la memoria a pesar de que es ambigua como todo lo hu-

mano: la memoria puede ser fuente de venganza. De antemano no nos asegura nada. Pero como seres finitos es una de las pocas facultades con las que contamos en la educación para evitar una repetición de Auschwitz. Aclaro, además, que una cosa es la memoria de los historiadores y otra la de los testigos. Cuando hablo de la memoria no aludo a la de los historiadores, lo que no significa que le reste importancia. No me refiero a la memoria de las cifras, del dato, sino a la *memoria del testigo*, del superviviente, a la narración testimonial, que nada tiene que ver con el ejemplo. Como dice Primo Levi, el testimonio no es ejemplo de nada, sólo transmite una experiencia: *yo lo vi*. El testimonio sostiene: “no tengo pruebas, lo único que puedo ofrecer es mi palabra”. No pretendo pontificar sobre el tema, pero sí intentar, modestamente, que recordándolo pensemos en que esos horrores, esos infiernos pueden volver a repetirse, están latentes, nunca han desaparecido. El ser humano, por ser finito, no puede evitar la posibilidad del infierno. *No somos humanos porque hayamos superado lo infernal, sino porque nunca podremos evitar la posibilidad de una nueva aparición*. No estoy diciendo que vivamos en un infierno, sino, precisamente, que por ser humanos y, por tanto, finitos, el infierno es como una espada de Damocles que, en cualquier momento, puede volver a aparecer. Ese es el gran tema de la educación: advertir que en cualquier momento, el mal, el horror, el mal físico, corpóreo, el *Lager*, el campo de concentración como un escenario del infierno en la tierra, puede surgir nuevamente.

**JULIÁN URIBE:** *Finalmente, reconociendo que en todo presente hay futuro, ¿cuáles son sus planes y proyectos a nivel académico?*

**Joan-Carles Mèlich:** Tengo dos grandes proyectos. El primero es que, desde el 2013 he comenzado a pensar acerca de un tema que me interesa mucho, que está en la línea de lo que he venido trabajando y que tornará esa trilogía (*Filosofía de la finitud, Ética de la compasión, Lógica de la crueldad*) en una tetralogía. Es un libro que lleva por título provisional, aunque tal vez sea el definitivo, *Crítica del perdón*. El perdón es un tema de sumo interés para mí. Creo que hay algunos autores contemporáneos como por ejemplo Jacques Derrida y Vladimir Jankélévitch que lo han estudiado en profundidad. A mí los temas que me interesan son aquellos que, siendo actuales, resultan clásicos al mismo tiempo. Y el perdón es uno de

ellos. Quiero dedicar los próximos cuatro o cinco años a escribir este libro. Aclaro que hablo de *crítica* en un sentido kantiano, esto es, que me interesa preguntarme por las condiciones de posibilidad del perdón, por si puede un ser finito perdonar o si más bien estamos utilizando constantemente el nombre del perdón en vano, pues como dice Tolstoi en *Ana Karenina*, si se perdona hay que perdonar del todo. ¿Puede un ser finito perdonar del todo? Porque un ser finito, digámoslo nuevamente, no puede hacer nada del todo. ¿Será, entonces, que sólo puede perdonar Dios? En eso estoy...

Pero tengo un segundo proyecto, paralelo a éste, consistente en la publicación de mis ‘fragmentos filosóficos’. Toda mi vida he sido un escritor de fragmentos. Desde hace treinta años escribo en cuadernos mis apuntes de lectura, mis notas, mis reflexiones. Son textos breves, que van desde una frase a, como mucho, una página. He publicado en 2015 un pequeño volumen con los primeros 262 que se titula *La lectura como plegaria*. En estos momentos estoy recopilando una segunda entrega que espero que vea la luz en 2016 o 2017.

**JULIÁN URIBE:** *Con gran satisfacción pudimos asistir al Curso Filosofía de la Educación: reflexiones desde Emmanuel Levinas, Jean-Paul Sartre y Samuel Beckett que se celebró en Medellín en el agosto de 2014. ¿Cómo describe y evalúa dicha experiencia?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Fue muy satisfactoria, sin duda. Pude comprobar que mi filosofía despierta un enorme interés en Colombia, quizá mucho más que en España. En mi país parece que se ha olvidado en pasado reciente, nuestra terrible Guerra Civil (1936-1939), así como el desastre de la Segunda Guerra Mundial. En Colombia, en cambio, la cuestión de las víctimas, del perdón, de la responsabilidad, de la culpa, de la crueldad, de la compasión, sigue estando a la orden del día.

**JULIÁN URIBE:** *¿Tiene planes para regresar a Medellín en este 2015?*

**JOAN-CARLES MÈLICH:** Seguramente volveré a Medellín el próximo mes de septiembre a retomar el curso. Esta vez, si todo va como está previsto, he propuesto como tema “La memoria, el mal y la educación”. Aprovecharé para presentar, además, al público colombiano, mi obra más reciente, *La lectura como plegaria* (Fragmenta Editorial, Barcelona, 2015).